

Conferencia Interamericana de Seguridad Social



**Centro Interamericano de
Estudios de Seguridad Social**

Este documento forma parte de la producción editorial del Centro Interamericano de Estudios de Seguridad Social (CIESS), órgano de docencia, capacitación e investigación de la Conferencia Interamericana de Seguridad Social (CISS)

Se permite su reproducción total o parcial, en copia digital o impresa; siempre y cuando se cite la fuente y se reconozca la autoría.

REVISTA CIESS

PUBLICACIÓN DEL
CENTRO INTERAMERICANO DE
ESTUDIOS DE SEGURIDAD SOCIAL



PRIMERA ÉPOCA

JULIO

2001

NÚMERO

1



R E V I S T A

CIESS

Revista
CIESS

1

JULIO
2001

PUBLICACIÓN SEMESTRAL



**CENTRO
INTERAMERICANO
DE ESTUDIOS DE
SEGURIDAD
SOCIAL**

Órgano de docencia, capacitación e investigación de
la Conferencia Interamericana de Seguridad Social

EL DESARROLLO SOCIAL EN LA ECONOMÍA GLOBALIZADA *

Julio María Sanguinetti **

Ante todo cabe agradecer las generosas palabras del licenciado Borrego que tanto nos honran al darnos la bienvenida y en este momento tan particular en que hay también aquí una transmisión de mando. Yo hace pocos días transmití el mando en mi país y bueno, hoy acá tenemos una transmisión de mando y un cambio de destino de dos figuras tan apreciadas.

Muchas gracias a todos por vuestra presencia y ante todo deseo expresarles la satisfacción de estar aquí en este instituto que ha sido de formación, de capacitación, y que a lo largo de estas casi cuatro décadas ha formado administradores en los temas sociales, quizás el escenario donde es más importante la administración y el buen manejo riguroso de las cosas. Porque en la vida privada, el famoso mercado que tanto hoy nos merece debates, el

* Conferencia pronunciada el 22 de marzo de 2000 en el Auditorio del CIESS, ciudad de México, en el marco del ciclo de conferencias "La política social, el urgente desafío de América Latina" y en carácter de conmemoración del 37º Aniversario del CIESS.

** Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Dos veces Presidente de la República Oriental del Uruguay (1985-1990 y 1995-2000). Periodista y ensayista.

éxito o el fracaso lo mide casi automáticamente y la ineficiencia se paga con quiebra, de modo que el empresario tiene allí su sanción, mientras que en la administración social la ineficiencia nuestra como administradores de programas sociales la pagan los que más necesitan. Por lo tanto nosotros no solo tenemos la necesidad de capacitarnos, tenemos el deber ético de capacitarnos mejor que en ninguna otra disciplina, porque los que ejercemos las administraciones públicas tenemos que saber eso: no es la quiebra sino la necesidad de la gente la que en definitiva mide nuestra propia ineficiencia.

Dicho lo cual, nos sumergimos en este tema de la globalización, que empieza en realidad hace 500 años. El proceso de los descubrimientos que ocurrió hace 500 años, cuando Europa descubre América en la búsqueda de las grandes corrientes comerciales hacia el oriente, sin duda le abre al mundo, al mundo europeo, por primera vez la conciencia de pertenencia, la conciencia y la sensación de que el espacio físico de la tierra no sólo era una teoría sobre la redondez, sino que era además una vivencia, un espacio físico conseguible, abarcable, navegable, circulable, y eso naturalmente produce un impacto muy fuerte en Europa obviamente y en aquellos que se habían encontrado sorpresivamente con el mundo europeo. La Europa de la época, a partir de entonces ya no es la misma, se clausura el pensamiento cerrado del medievalismo y se abre el pensamiento del renacimiento que era en definitiva con su revolución científica lo que había hecho posible este fenómeno de los descubrimientos.

A partir de allí, entonces, la historia circula en un ir y venir en momentos en los cuales asumimos la visión global o en momentos en los cuales nos vamos replegando sobre escenarios más locales. Así va transitando esa historia hasta que luego se produce otro fenómeno de la misma universalidad cuando a finales del siglo XVIII y

en el siglo XIX el proceso de industrialización genera ahora una nueva globalización, es decir, una nueva visión universal o internacionalista, una nueva conciencia de que había fenómenos que se difundían a través también de un proceso que comienza en la ciencia y en la técnica y de las cuales fueron su expresión la máquina de vapor, los nuevos medios de comunicación, el telégrafo y el ferrocarril, emblema del progreso, idea detrás de la cual se lanzaban todos los hombres del optimismo del siglo XIX.

Luego, entrados ya en este siglo y vividos dos grandes guerras mundiales, hay una suerte de repliegue. Los Estados nacionales se han consolidado fundamentalmente luego del proceso napoleónico, ha habido un repliegue más hacia la consolidación de los Estados, las propias guerras produjeron aislamientos, produjeron desarrollos económicos hacia adentro y todos los países parecieron aplicarse mucho más a la construcción de sus propios Estados. En el caso de los grandes, sus sueños de potencia, en el caso de los más pequeños o más atrasados, por lo menos nuestro sueño o aspiración de autosuficiencia, de autoabastecimiento, de la mayor autonomía posible. Acaso Keynes sea la máxima expresión de este Estado nacional en cuanto al desarrollo teórico en el pensamiento económico, o un Bismarck en la construcción de lo que llamaríamos un primer Estado de bienestar aunque desde una concepción autoritaria que nos hace también medir un poco con prudencia este antecedente.

El hecho es entonces que se va produciendo este ir y venir hasta que en los últimos años se comienza a producir una serie de cambios que cuantitativamente se van sumando: los satélites, la aventura espacial, la informática, todo el mundo que se desarrolla a través de ella, el chip, los fenómenos de comunicación, más tarde la fibra óptica, los avances en la biotecnología y todo esto va produciendo una acumulación que aflora a

partir del año 89 cuando la guerra fría se desvanece. Dejamos en definitiva de discutir sobre modelos políticos confrontados y quedamos adelante entonces del verdadero cambio cualitativo que se había ido produciendo en las sociedades, es decir, ya la sociedad no era la misma, los cambios habían sido sustantivos, la vida de la gente era distinta y era muy clara la interdependencia. Ahí se nos hizo evidente lo que ya había venido ocurriendo, pero entonces ocurre que el comercio era mucho mayor que la producción y que las finanzas eran mucho mayores aún que el comercio y que tenían ya una vida propia y que en definitiva el Estado nacional aparecía allí en una posición cuestionable: por un lado, los procesos supranacionales, las empresas multinacionales, estos fenómenos de comunicación, esta suerte de olas que iban por arriba, su vulnerabilidad financiera desde estos fenómenos de flujos financieros que transcurrían en el mundo más allá de los Estados.

A su vez, hacia adentro, un Estado que vivía un proceso de transformación del Estado benefactor porque los países necesitados de crecer hacia afuera necesitaban exportar y esa exportación hacía que la capacidad fiscal del Estado se limitara. Habíamos vivido muchas décadas, mi generación está formada en esos años, con una especie de conciencia ilimitada de la capacidad de tributación del Estado, que está en la base también de nuestra expansión de los programas de seguridad social. Nos parecía que, en definitiva, podíamos seguir avanzando en ese territorio. La necesidad de exportar, impostergable e imprescindible nos llevó a una conciencia de los límites, no podíamos exportar cualquier nivel de tributación social, no podíamos exportar cualquier nivel de impuestos, teníamos que mirar hacia un costo interno que era imprescindible para el desarrollo de cada Estado, de ahí entonces que se había producido realmente un cambio muy, muy profundo. Allí algunos entonces imaginaron una suerte de desaparición del Estado nacional, cosa que aún

hoy sustentan algunas corrientes de pensamiento y sin duda el Estado nacional comienza un proceso de transformación y allí vemos que las ideas políticas, las ideas económicas, las ideas sociales comienzan a cruzar. No tenemos una teoría para estos nuevos tiempos, tenemos un buen análisis de lo que nos ha ocurrido hacia atrás, no tenemos un código de ruta hacia el futuro y allí entonces nos quedamos huérfanos de teoría.

Heilbroner en un libro que se llama “Crisis de visión del pensamiento económico” precisamente lo define como una crisis de visión, es decir, no de metodología, no de recursos técnicos que son los máximos que tenemos hoy para el análisis de la interpretación económica y social, sino de visión, es decir de concepto en general. Los hombres siempre precisamos de algún modo de alguna teoría, los humanos precisamos una explicación de los fenómenos. Adam Smith, que siempre es citado como economista aunque era más bien un pensador filosófico, dice en su tratado de astronomía, que no es de los más conocidos pero que allí está, porque también de astronomía habló, dijo que el fundamento de la filosofía es tratar de poner orden en el caos de las apariencias contradictorias para sosegar el tumulto del pensamiento, y creo que de algún modo define muy bien esto que nos pasa, que él lo aplicaba a las verdades cósmicas pero que también pasa de cierta manera para nosotros.

¿Qué nos pasó? bueno, que a la democracia antes le bastaba confrontarse con lo demás y decir y demostrar sus bondades frente al fascismo, frente al comunismo, y hoy esa democracia sin enemigo de frente solo se compara con su ideal, y de ahí el desconcierto y de ahí el desencanto y de ahí un ciudadano que a su vez ve venir un aluvión de consumo y vive las angustias de todo ello. Y de allí entonces la necesidad de comenzar a repensar, la necesidad de comenzar a ir de nuevo a la búsqueda de esas verdades fundamentales, porque

ahí nos encontramos con dos actitudes que reaccionan frente a este fenómeno y entonces vemos cómo la globalización para unos pasa siendo de un hecho a una doctrina y entonces de esa globalización derivaría una cierta política económica, básicamente referida a un proceso de reducción del Estado, de privatización, de levantamiento arancelario, de levantamiento de fronteras y de disminución de las responsabilidades sociales del Estado, es decir, lo que se ha llamado a veces pensamiento único y que sería la consecuencia inevitable de la globalización porque sería el instrumento máximo para alcanzar la competitividad en ese mundo global.

Frente a ello, luego aparece una nostalgia del viejo proteccionismo y que también de algún modo ideologiza y asume una actitud de resistencia al fenómeno de la globalización, considerando que podemos desde el Estado nacional abroquelarnos para resistir esos fenómenos cuando eso es, sigamos con el ejemplo del siglo XIX, como negar la existencia del ferrocarril cuando en el siglo XIX sustituía a las viejas carretas con las cuales transportábamos nuestros productos.

Y el hecho delante del cual estamos es fáctico, la fibra óptica no es una ideología, la internet no es una ideología, es un hecho, es una carretera, por esa carretera podemos transitar hacia un lado o hacia el otro, esos satélites de comunicación los podemos usar para los más infinitos usos, estos medios de información pueden transportar las mejores ideas o las peores, en definitiva son simplemente hechos, instrumentos. El tema entonces está en qué hacemos con ellos y el tema está entonces en dónde nos ubicamos desde el punto de vista doctrinario y desde el punto de vista práctico para realmente poder enfocar este fenómeno de la globalización. Y allí está claro que el Estado nacional tiene un rol imprescindible a cumplir. De ninguna manera hay que pensar que el hecho de que hoy democracia liberal y

economía de mercado marchen juntas significa asumir una actitud dogmática en un sentido o en otro. Hubo sí un cierto momento en que se pensó ello, en el momento del Presidente Reagan que al tener éxito en la competencia con la Unión Soviética, en la competencia militar, pareció abonar la tesis de que su política económica era la única viable, o de la Sra. Thatcher en Inglaterra, pero de hecho ni en Inglaterra ni en Estados Unidos tampoco fue religiosamente seguido por cuanto luego el Presidente Clinton, el Primer Ministro Blair, mostraron rectificaciones en el camino, es decir, no había ninguna política económica inexorable como no había tampoco ningún modelo de desarrollo social inevitable e inexorable desde ese punto de vista.

Y allí comenzó a nacer entonces una visión más equilibrada que nos empezó a mostrar dónde estaban los límites y dónde estaban los márgenes, es decir, comenzamos a percibir que había sí, un patrimonio común de ciertas verdades que más allá de la doctrina habían resultado evidentes en los hechos, el famoso equilibrio macroeconómico era ya una verdad insoslayable, no podían imaginarse políticas en virtud de las cuales el tipo de cambio real, el salario real y los intereses marcharan divorciados. Podíamos fijar uno de los tres elementos, pero en ese caso tendríamos que tener flexibles los otros dos y no podíamos imaginarnos que estos tres instrumentos podían manejarse de un modo arbitrario. Del mismo modo y como consecuencia de esto, el déficit fiscal pasó a ser realmente un instrumento de vulnerabilidad muy fuerte y como consecuencia, el equilibrio fiscal a ser base de toda política sustentable desde ese punto de vista. También quedó claro que los desarrollos hacia adentro con aranceles muy elevados no eran posibles por la sencilla causa de que teníamos que importar, y cuanto antes mejor, todos los instrumentos que nos proveía la ciencia.

Las economías cerradas eran posibles cuando no teníamos esa necesidad imperiosa de estar

importando la última tecnología posible y el último instrumental posible, pero ahora al contrario era la condición del estancamiento primero y del retroceso después. No era posible en consecuencia encerrarnos; y no se podía importar el último instrumental médico como lo pedía la gente o la última computadora como lo pedía un organismo de seguridad social para poder llevar bien sus cálculos actuariales, sin una economía relativamente abierta que sustentara la posibilidad, como contrapartida de la exportación, de la incorporación de esos instrumentos sin los cuales quedábamos fuera del mundo.

Entonces, estas verdades fueron surgiendo como resultado de una evidencia empírica que corroboró muchas teorías, que no fueron un patrimonio demasiado grande pero que quedó allí claro, y a partir de allí entonces se dijo, bueno, pero entonces, ¿esto significa que hay una sola política correcta? No, significa simplemente que hay algunas barreras, algunas vallas, algunas balizas que marcan el camino y que no se pueden desbordar, pero a partir de allí las opciones están abiertas, podemos tener más Estado o podemos tener menos Estado, en América Latina de hecho tenemos muchas opciones desde este punto de vista. En mi país el presupuesto del Estado es 34% del producto bruto, hay países de América Latina que es el 10, 12% solamente del PBI.

Fíjense qué distancia, fíjense qué opciones, si habrá margen para tener mucho Estado, poco Estado o un Estado intermedio, si habrá posibilidades, es decir ahí hay una opción muy fuerte, cuánto más Estado, cuánto menos Estado.

Segunda opción fundamental: cuánto gasto social nuestro. Bueno, el gasto social dependerá también de las políticas, no es que como consecuencia de la necesidad de que haya que mantener el equilibrio fiscal, necesariamente el gasto social tenga que ser reducido, no es así. En América

Latina naturalmente hay situaciones muy disímiles. Mirando el último informe de CEPAL vemos que en materia de gasto social hay ocho países que los vemos por abajo del 8% del producto en materia de gasto social y hay solo tres países que están por encima del 20% del producto en materia de gasto social, solo tres países.

Veán ustedes qué distancia, qué diferencia de gasto social en unos y en los otros. No es ésta tampoco una conclusión pesimista, porque si bien en los años ochenta el gasto social en términos reales disminuyó, en los años noventa ha vuelto a crecer y eso creo que es también una conclusión muy importante: en los años noventa el gasto social en América Latina en general ha vuelto a crecer y eso marca también ya una tendencia sobre una conciencia de los márgenes de imprescindible intervención que el Estado tiene que tener para prevenir los riesgos sociales en términos generales y para promover el desarrollo, donde aparece la salud, donde aparece el sistema pensionario, donde aparece la educación, este último instrumento que cada día está requiriendo más inversión y más financiación en la llamada sociedad del conocimiento.

De modo que el tema gasto social, como ven, tiene un enorme abanico de posibilidades y allí es donde también importa la eficiencia. Está claro que sin un gasto social importante, es muy difícil, o directamente es imposible que haya consecuencias sociales importantes. Eso no quiere decir que baste aumentar el gasto social para producir esas consecuencias, porque también puede haber mal gasto social como hablábamos hace un rato, puede haber ineficiencia en la administración, puede haber equivocación en los objetivos, puede haber confusiones en las finalidades y puede haber debilidades en la administración, de modo que no necesariamente gasto quiere decir adecuada repercusión, pero lo que está claro es que sin gasto

difícilmente se logren los efectos compensatorios necesarios.

No está en debate más la economía de mercado, todos sabemos que es el instrumento de dinámica, imprescindible, a través del cual nuestras economías podrán crecer. También está claro que no es el mercado el que va a proveer las viviendas para los más pobres, ni el que va a dar la batalla de los preescolares de cuatro años en los sectores más necesitados. Esa batalla la tiene que dar el Estado o si no, no se dará. Y allí estableceremos las condiciones de inequidad democrática luego insuperables, porque también está claro que hoy los *handicaps* culturales son mucho más fuertes que antes. Antes el *handicap* cultural nacía prácticamente del manejo del idioma; ahora tenemos, además del manejo de nuestra propia lengua, el manejo de la segunda lengua, la lengua comercial del mundo y el manejo del lenguaje informático. Precisamos tres lenguajes para salir del analfabetismo y esto, o lo empezamos a la edad temprana o no lo alcanzamos nunca en la generación que viene.

De allí que entonces podemos tener más o menos gasto social, también podemos tener más inflación o menos inflación, y de hecho ven ustedes el panorama de América Latina. Nosotros mismos en el Mercosur tenemos una Argentina con un tipo de cambio rígido, atado por ley en que un peso vale un dólar. Del otro lado tenemos un Brasil con un tipo de cambio flexible, y vaya si eso nos ha generado problemas el último año en la competitividad interna, es decir que se puede tener tipos de economía que manejen un cierto porcentaje de modificación del tipo de cambio y de inflación u otros más rígidos y más duros.

Del mismo modo, se pueden tener Estados más centralizados o más descentralizados. Hay Estados en los cuales el 95% de los recursos públicos los maneja el Estado central, hay Estados en los cuales el Estado central no pasa del 15%

del manejo de los recursos públicos como Brasil, es decir que los márgenes de descentralización también son muy amplios y son muy fuertes. Los márgenes de participación de la sociedad civil también pueden ser más, pueden ser menos. Con todo esto, entonces, estamos diciendo que en definitiva no estamos frente a fenómenos de globalización que nos marquen políticas ineluctables. Nos marcan límites, barreras, precisiones racionales dentro de las cuales podemos tener múltiples opciones y dentro de las cuales podemos seguir construyendo necesariamente mayores posibilidades de desarrollo para nuestros pueblos. La experiencia nos indica también que hay un ingrediente muy importante en todo esto y que es el desarrollo de políticas de Estado persistentes a lo largo del tiempo o los fenómenos de inestabilidad.

Cuando un Estado logra que ciertas políticas sociales adquieran persistencia y constante evaluación, con el tiempo son las que logran mayores resultados. No hay nada que en definitiva cueste más desde este punto de vista que los vaivenes de que cada gobierno quiera rectificar al anterior, cosa que durante muchos años en América Latina ocurrió, si bien no en todos los países felizmente. Pero cuando observamos en la perspectiva también vemos que no es lo mismo tener políticas estables que políticas cambiantes, que no es lo mismo lograr que algunas de estas políticas pasen de ser políticas de gobierno a políticas de Estado, o por el contrario ser políticas introducidas en el debate diario, modificables con cada circunstancia y con cada gobierno y como consecuencia, entonces, pasibles de una gran fragilidad por esa misma discontinuidad. Vemos entonces que el Estado nacional, como se ha dado en llamar y sin entrar en el debate de la coincidencia exacta Estado-nación, viejo debate que planteó la doctrina jurídica francesa, pero que por comodidad de lenguaje sigamos llamándole Estado nacional, sigue hoy apareciendo con un rol fundamental. Se le ha visto en Yugoslavia

cuando la dispersión étnica lo fragmentó, se le vio en la vieja Unión Soviética cuando se cayó y renació la vieja Rusia y su primera tarea ha sido la de reconstruir el Estado porque luego de que se cayó el comunismo, no solo se cayó el comunismo, se cayó también el Estado ruso y como consecuencia ¿qué quedó allí? grupos de intereses, *lobbies*, corporativismo, mafias y un proceso difícil de reconstrucción del Estado, que es lo que hoy está en curso para poder manejar eficazmente ese inmenso país.

Entonces, aparecen nuevos roles, aparecen nuevas finalidades, ya no es más el Estado industrial, no es más el Estado comerciante, no es más el Estado que se introduce a hacer aquello que hoy puede hacer la empresa privada con más eficacia. Y esto no cuestiona modelos de antes, este es el otro error maniqueo que a veces solemos cometer, que es discutir con la mentalidad de hoy lo que se hizo en el año 50: en el año 50 en un mundo que salía de la posguerra, muchos de nuestros países tuvimos que aumentar aranceles, fomentar fuertemente el desarrollo industrial porque había ese desarrollo industrial o no había abastecimiento siquiera, no ya ocupación y trabajo.

Yo recuerdo en mi país, en los años de la segunda guerra mundial, que se habían inventado unos horribles aparatos que se llamaban gasógenos, que se ponían en los automóviles para ahorrar combustible y que eran como un gran calentador de agua enorme que se ponía atrás y al cual se le ponía carbón, era una cosa horrible, hoy los ecologistas nos hubieran incendiado a todos. Bueno, en aquellos años estuvo bien eso, no lo estamos cuestionando hoy. Estamos diciendo que hoy estamos viviendo otro mundo y como consecuencia a ese mundo hay que adaptar los roles de ese Estado que ya no es más simplemente el industrial o el comerciante, sino el regulador, que empieza por regular el mercado porque también el maestro Adam Smith lo decía, que

cada empresario individual es un monopolista en potencia y como consecuencia entonces es el Estado el que tiene que regularlo, porque estamos viviendo precisamente esa situación en que el Estado es el único que puede garantizar el mercado y eso lo estaba diciendo Adam Smith. Es como Marx también nos hablaba de que la finalidad de la sociedad burguesa era justamente la universalidad, para no citar sólo al maestro del pensamiento liberal, sino al del otro.

Por aquí tengo unos párrafos de Marx que vienen bien a cuento. En el año 58 Marx le escribe a Engels y le dice: “la finalidad última de la sociedad burguesa es la internacionalización del mercado”, así lo dice Marx y vean ustedes, “la tarea específica de la sociedad burguesa es el establecimiento del mercado mundial, al menos en sus líneas generales, y de la producción basada en el mercado mundial”. “Con su explotación del mercado —y este párrafo ya es del 48, del manifiesto— con su explotación del mercado mundial, la burguesía ha impuesto un sesgo cosmopolita a la producción y consumo de todos los países. Para chasco y desazón de los reaccionarios ha retirado debajo de nuestros pies el mismísimo suelo nacional, las viejas industrias nacionales se han ido y se siguen yendo a pique presionadas por nuevas industrias cuya entrada en escena constituyen un peligro para las naciones. La vieja autosuficiencia a nivel local y nacional han dado paso a un movimiento y a una dependencia multilaterales de las naciones y esto no solo en la producción industrial, sino también en la producción espiritual. Así, los productos del espíritu de cada nación se convierten en bien común. La unilateralidad y cierre nacional tienen los días contados, mientras vemos cómo a partir de numerosas literaturas nacionales y locales se va formando una sola literatura mundial”.

No está escrito por un neoliberal sino por Marx, que en lo que iba a ser el desarrollo capitalista evidentemente tuvo una clara visión, no así en el

anuncio de la revolución que él concebía como destrucción de este sistema. Pero esto nos está diciendo entonces que, si miramos todo esto en perspectiva hoy, estamos viendo un Estado que vuelve a recobrar su vigor y que en definitiva nos dice algo muy, muy profundo como lección a todos nosotros servidores de la causa pública, muy especialmente a todos ustedes servidores de la causa social y es que si se derrumbaron muchas de las utopías que se construyeron, autoritarias en su mayoría, sin embargo, sigue vigente la vieja utopía democrática que vive entre la tensión eterna de la libertad y la igualdad y la fraternidad. La libertad es la condición de nuestra dignidad pero nos tiende siempre a la desigualdad. La igualdad la tenemos que reconquistar a través de la fraternidad o solidaridad como le llamamos hoy, que es la única condición para poder seguir reconstruyendo una sociedad de igualdad en las oportunidades. Nunca igualdad en los finales,

porque esa es la otra lección que nos deja la historia: cada vez que una sociedad quiso, no igualar en el principio sino igualar en el final, construyó una tiranía. La igualación tiene que estar en el principio, en las oportunidades y nunca en las consecuencias finales, y esto es en definitiva lo que tenemos por delante. Con este instrumental y con estos valores básicos de pensamiento, seguir construyendo la utopía democrática, la cual tiene sin ninguna duda su expresión democrática en el pensamiento liberal, en las instituciones políticas, en el sufragio libre, en la presencia de partidos y tiene luego su dimensión social y moral en un Estado que, sin perjuicio de su racionalidad, que buscando y apuntado cada día más a su racionalidad, no deserta de aquellos compromisos sociales mínimos que son la condición de la equidad, que son la condición de la igualdad de oportunidades.

